

Libros y autores, por Filebo

ESTE de Germán Marín Sessa, "Círculo Vicioso" (Planeta, 1994), no es un libro al que uno pueda entrar como Pedro por su casa. Lo primero que uno advierte es que se trata de la casa de Marín. La casa está artillada, hay muros con almenas, mimbres de púa la flanquean. Pocas veces un novelista se ha armado más, ha tomado más precauciones, para afrontar la prueba del trato con el público. Escrita con una pasión puntillosa, con la buena voluntad que pone un recluso en el examen prolijo de cada uno de sus actos, la obra de Marín recuerda ciertas obsesiones de Musil, otras de Broch, no pocas de Borges. Desde luego la novela para este autor es un descubrimiento de la cultura.

ERUDITO en su especie, dedicado a desovillar el misterio de la vida a través de la luz de la inteligencia, Marín deja escasísimos espacios a la espontaneidad creadora, al genio delirante de la inconsciencia, al rapto poético del estilo, como ocurre en otra novela leída en estos mismos días, "A Fuego Eterno Condenados", de Roberto Rivera. "Círculo Vicioso" es fruto de una prolongada lección de crítica y autocrítica. Las profusas notas marginales que van explicando críticamente, a veces prosaicamente, el curso del argumento, poseen la facultad de perturbar, no de incrementar, la atención del "lector hipócrita", suponiendo que en todo lector haya siempre la larva de un hipócrita. En realidad, Germán Marín Sessa es un escritor escindido o desgarrado por la idea de narrar y por la fantasía del análisis. No resiste en "Círculo Vicioso" a la tentación de sumirse en la tierra extraña de la novela-ensayo. De más se halla consignar que un formidable aparato enciclopédico lo acredita.

Para los que tenemos del novelista un concepto más humilde, más modesto en el ejercicio de su función narrativa, Marín Sessa se salta de los goznes. Reconocemos haber hecho mil rodeos en torno al libro antes de encarnarnos con su materia, que, por de pronto, no es una sola. Marín ha pretendido reunir la mitad del mundo, por lo menos la mitad de su propio mundo, en las cuatrocientas páginas de "Círculo Vicioso". La experiencia en este sentido es turbadora. Marín ha resuelto abordar el desafío con violencia sosegada. Es el hombre que reclama una victoria sobre sus vértigos.

EN CHILE, digámoslo de una vez,

LOS TIEMPOS DEL "CÍRCULO VICIOSO"

Círculo vicioso



Redactada con paciencia de artesano y con pasión puntillosa, esta novela de Germán Marín Sessa recupera el valor impercudible del lenguaje



no es corriente la moneda de cambio que propone Marín. País deshabitado de las lecturas densas, más bien deshabitado de lecturas densas, adjetivo este último algo maldito entre los jóvenes, Chile va a tener que salir de los vinos nuevos con sabor a frutas para aprender a "paladear" el gusto de las cepas clásicas.

Entrenado en el estudio de sus grandes autores de cabecera -infinitos-, hay momentos en que Marín parece dejarnos caer en las páginas de otro "Bouvard y Pécuchet". Ya existen legiones de "hombrecillos de letras" que no tienen la menor noción de "Bouvard y Pécuchet". Libro seco y al mismo tiempo jugoso de erudiciones, "Círculo Vicioso" recuerda el lugar común de Ionesco: "Tómese un círculo, acaricieselo y se convertirá en un círculo vicioso". Obra de largo aliento, no escrita, evidentemente, de un día a otro, la novela de Germán Marín plantea una suerte de encrucijada para el género. La frivolidad tendrá que ser dejada de mano. El costumbrismo, lejos del desplome, es rescatado finamente aquí para erigir una construcción de líneas severas.

Picoteado vastamente por nuestra mirada atónita, el volumen de Marín -el primero de una trilogía consagrada al tema de la familia- soportó con dignidad el asedio de las preguntas. Su lectura trajo luego la respuesta para tanta almena, para tanta artillería defensiva, para tanto alambre de púa.

¿QUÉ TIEMPO es el tiempo de una novela de este orden? En "Círculo Vicioso" hay una pintura acabada de tiempos y de estados de alma. Ayer y hoy se imbrican de golpe en un solo tiempo: el tiempo de la novela. De esta forma los espacios novelísticos se amplían a sus anchas.

Redactada con paciencia de artesano, la novela de Marín recupera para las ilustres gentes de otras épocas el valor impercudible del lenguaje. Trabajada con esmero ebanístico en cada una de sus partes, evoca la importancia aplicada del antiguo tallador de buena madera.

Los personajes de Marín se mueven en un mundo donde la noción de existir se ata a los problemas de la cultura. De esta forma, en tres o cuatro líneas de una misma página una idea de Chesterton, un recuerdo de las revistas **Familia** y **Corre-Vuela** y una anotación de Edwards Bello pueden convivir mágicamente, sin hacerse trizas.